
REVIEWS

F. J. Gómez Espelosín, *Las geografías de Alejandro*, Universidad de Alcalá – Monografías de Gahia, 2023, 514 pp. [ISBN 978-8419745125].

El nuevo libro de Gómez Espelosín sobre Alejandro de Macedonia establece un hito tanto en los estudios sobre el monarca como en el análisis del impacto geográfico de su conquista. Aunque curiosamente el mercado editorial está atestado de estudios sobre Alejandro, el número de monografías dedicadas a esta cuestión es inexistente. Era, con mucho, el aspecto menos tratado de todos los que pueden ser relacionados con el hijo predilecto de Macedonia. El libro llena un vacío y debe ser recibido con alegría y agradecimiento por haber hecho lo que hasta ahora nadie se había atrevido.

La obra comienza con una introducción donde se nos expone muy pronto las intenciones del autor. No se trata en modo alguno de un estudio de geografía física, sino más bien un intento por reconstruir un mapa mental de una época. En consecuencia, el lector va a poder moverse libremente y sin temor a perderse en la prosa cuidada y extremadamente nutrida de erudición de Gómez Espelosín con independencia de sus conocimientos sobre geografía antigua.

El primer capítulo (“Al asalto de un imperio: Una perspectiva geográfica”, 19-54) se encarga de evaluar los conocimientos previos con los que contaron los macedonios antes de iniciar su expedición de conquista. Se analizan cuáles fueron los verdaderos planes de Filipo y sus fuentes de información. Del mismo modo se informa al lector de las relaciones previas entre Macedonia y Persia, especialmente durante el reinado de Alejandro I. Espelosín se muestra sumamente escéptico sobre la utilidad de los datos que pudieron aportar obras literarias anteriores como las de Heródoto y Jenofonte. Además, es poco proclive a exagerar la influencia de Aristóteles sobre Alejandro, tal y como hacen la mayoría de los estudiosos. Ni si quiera es partidario de afirmar que la visión del mundo que tenía el macedonio fuese completamente debida al filósofo, dado el elevado número de mentores que tuvo y el escaso tiempo que duró su instrucción en Mieza.

“La estela geográfica de la expedición” (55-99) es un ambicioso intento de reconstruir la pervivencia de la epopeya alejandrina en el tiempo, el espacio, la memoria colectiva y hasta en el imaginario. Se enumeran así desde los monumentos y vestigios que quedaron de la conquista de Asia, los viajeros que han recorrido los restos del antiguo Imperio Persa y la India durante el Imperio Romano, el Medievo y la modernidad (Josiah Harlan, Alexander Burnes, Charles Masson, etc.) hasta insignes arqueólogos que excavaron en ese contexto geográfico (Mortimer Wheeler, Paul Bernard, etc.). Espacio es memoria, y Asia entera parece estar empapada por el recuerdo

de Alejandro para el viajero que se adentra en ella, ya sea desde las páginas de un libro de viajes o una obra de ficción.

El tercer capítulo (“Los desafíos de la geografía real”, 101-183) es el mayor y más exhaustivo intento escrito en lengua castellana por reconstruir de forma minuciosa y detallada la ruta que siguió Alejandro. Nuevamente la erudición de Espelosín aparece con fuerza para mostrar al lector, y a un autor que es incapaz de mentirse a sí mismo, lo poco que sabemos sobre una cuestión que damos por cerrada cuando no lo está. La ausencia de información sobre algunos temas es un claro ejemplo de la imposibilidad de nuestras fuentes de prestar atención a acciones o paisajes en los que el protagonista principal del acto de conquista no estaba presente (117). En otras ocasiones, la falta de noticias sobre las emociones personales del rey al contemplar todo lo que se presentaba ante sus ojos, como las pirámides de Egipto (127) resulta llamativa y sorprendente. En ningún otro apartado del libro se muestra mejor el desconcierto o la escasez de información con la que estos hombres se adentraron en Asia.

“Geografías del poder” (185-217) es la mayor evidencia de que este libro es algo más que una monografía sobre geografía antigua. El imperio persa nunca fue una entidad homogénea, fruto de esto fue la aparición de múltiples centros de poder que los macedonios se encontraron en su camino (Dascilio, Sardes, Celenas, Menfis, Babilonia, Susa, Persépolis, Ecbatana, Pasargada, etc.). Algunas regiones presentaban también un valor mayor que otras por su valor geoestratégico en plena guerra (Anatolia, costa sirio-palestina, Egipto, Hircania, etc.). En esta actividad de constante avance el campamento macedonio se convirtió en la verdadera capital del imperio y la tienda de campaña del rey fue el auténtico salón del trono desde el que apenas se dejaron cabos sueltos.

El quinto capítulo (“Geografías simbólicas”, 219-267) vuelve a introducir la geografía mítica de la mano de algunos dioses y héroes griegos profundamente asociados al espacio geográfico de Asia (Aquiles/Tróade; Heracles/Tiro; Amazonas/Hircania; Dioniso/India). Sin embargo, también existían lugares asiáticos como Babilonia, Persépolis o la India profundamente empapados de una religiosidad propia que no podía dejar indiferente a los conquistadores. De igual modo, Asia ofrecía conquistadores autóctonos de gran prestigio como Semíramis y Ciro el Grande que también fueron absorbidos en el proceso. No obstante, donde mejor se observa este fenómeno de apropiación simbólica del espacio (263) fue en la creación de una topografía propia que rememoraba al macedonio (Bosque de Alejandro; Posada de Alejandro; Monte Nicatorio, etc.).

“Un imperio en marcha” (269-300) aborda los aspectos más importantes que permitieron que Alejandro tuviese una visión global del vasto territorio en el que se adentraba, más si cabe que no es seguro que contase con mapas. En este cometido jugaron un papel clave los sátrapas (Artabazo), los informantes y los guías. Ni si quiera en la travesía de Gedrosia, parece haber trazado un curso de acción sin antes haber reunido la información necesaria (283). Finalmente se estudian los límites de un imperio que quedó delimitado exclusivamente por ríos (Danubio, Yaxartes, Híffasis y Ganges).

El séptimo capítulo (“Geografías perdidas”, 301-351) se centra en las obras desaparecidas de muchos de los historiadores de Alejandro como los bematistas, Calístenes, Onesícrito, Aristóbulo, Nearco, Policlito, Ptolomeo y Ortágoras. También se discute la posible existencia de un archivo en Babilonia. Además se mencionan los viajes de exploración de Andróstenes, Patrocles e Hierón de Solos. Pese al carácter sintético del capítulo es seguramente la mejor síntesis en lengua castellana sobre las fuentes perdidas de Alejandro Magno.

“Geografías superpuestas” (353-397) es otro análisis de relatos geográficos antiguos entre el mundo helenístico y la llegada de Roma, destacando Jerónimo de Cardia, Clitarco, Polibio, Estrabón, Arriano y Curcio.

Por último, encontramos un breve capítulo llamado “Geografías fuera del mapa” (399-429) en el que se analiza la fascinación por lo maravilloso que surgió como consecuencia de la expedición alejandrina. En esos relatos sedientos de fabulación la India ocuparía un lugar prominente.

La obra finaliza con un epílogo en el que el autor se reafirma en la importancia de una expedición que acabó convirtiéndose en una verdadera experiencia geográfica cambiando la imagen de Asia. Espelosín niega categóricamente la visión del rey macedonio como un conquistador movido por sus impulsos. Así lo demuestra el que siempre organizase sus movimientos y que nunca perdiese la comunicación con sus líneas de suministro.

Por poner pegas a esta magnífica obra, hay que cuestionar lo apropiado del título que puede hacer pensar al lector que el libro se centra únicamente en cuestiones de índole geográfica cuando no es así. Todos los aspectos de la inabarcable historiografía sobre Alejandro están recogidos en esta obra en mayor o menor medida. No hace falta ser un entendido en el pensamiento geográfico antiguo para poder disfrutarla.

Se puede echar de menos la presencia de fotografías e imágenes que ilustren las descripciones y el ingente listado de topónimos que el autor menciona, pero como hemos dicho la intención del autor es recrear un mapa mental, su presencia, por tanto, no era necesaria.

Por el contrario, sí se echa en falta algunas representaciones de ese mapa mental de Alejandro como las que han realizado anteriormente autores como Goukowsky, Geus y Rapin.

Todo esto no deslucen en modo alguno una obra que pone en la vanguardia a los investigadores españoles en los estudios sobre Alejandro Magno, de la mano de un autor que parece ser experto en la totalidad de sus temas.

A. I. MOLINA MARÍN
Karanos Editorial Board
miprofeignacio@gmail.com
